—¿Y ahora que vas á hacer? ¿Luchar sin duda?

—¿Para qué? Repito que he sido vencido.

—Por lo menos puedes alejarte de esa niña.... dejar de verla.

—Eso sería privarme de mi única dicha, y me faltaria valor. No cambiaré de vida. Dejaré que aumente mi ternura ocultándola en lo profundo de mi alma. Sabré dominarme hasta el extremo de que Juana no sospechará siquiera lo que siento; y como los mártires que morian contentos por su fé, hallaré en mi dolor un supremo placer repitiéndome que sufro por ella.

—Haz tu voluntad, querido hijo. Pero, créeme, á pesar de todo espera.

Las cosas pasaron segun acababa de decir Máximo.

Todos los dias encontraba á Juana, y estas entrevistas cuotidianas hacían mayor su pasion, pero sin manifestarla ni una palabra, ni por una mirada, ni por una queja.

*
* *

Al partir de Hojas-Verdes, Julio Leroux habia anunciado, como recordarán nuestros lectores, que su ausencia duraria cuando mas tres semanas.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

Trascurridas estas, escribió á Juana diciendo que una circunstancia imprevista, cuya naturaleza no precisaba, retrasaba su regreso, pero solo en algunos dias. Al cabo de quince dias, nueva carta; esta vez no del ex-banquero, sino de su compañero de glorias y fatigas, el príncipe de Castel-Vivant.

La carta estaba concebida en los términos siguientes:

"Encantadora amiga: No os alarmeis al ver en lugar de la letra de vuestro padre la mia. Vuestro padre está algo delicado, muy poco, y me ruega le sirva de secretario, lo que hago con mucho gusto, puesto que esto me proporciona la dicha de ponerme á vuestros piés.

"Esta indisposicion pasajera desaparecerá en breve en Hojas-Verdes. Salimos de Paris mañana por la mañana en el tren de las diez; y digo salimos, porque no quiero dejar viajar solo á mi amigo en el estado de debilidad relativa en que se encuentra.

"Disponed que el coche esté en la estacion de Orleans minutos antes de la llegada del tren. Tendré el gusto de ser vuestro huésped durante una semana. Mi amigo Julio así lo quiere, y yo no sé negarle nada.

"Me encarga que os abrace paternalmente

en su nombre, y á mi vez os ruego me permitais besar vuestas lindas manos, las mas bonitas del mundo.

"Vuestro antiguo amigo,

GODEFROY DE CASTEL-VIVANT."

Aunque el tono de la carta fuera mas alegre que triste, la jóven sintió viva emocion y una intranquilidad que tenia algo de espanto.

El príncipe hablaba, es cierto, de una indisposicion pasajera; pero á la vez consignaba una gran debilidad, tan grande que no podia consentir que Julio Leroux hiciese el viaje solo.

Juana conocia la imprudente ligereza de Godefroy. ¡Quién sabe si este antiguo amigo apreciaba en toda su gravedad el estado de su padre!

El resto del dia y toda la mañana siguiente parecieron interminables á la niña, y esperó con angustia creciente la llegada del coche de Orleans, y que habia de conducir á su padre y al príncipe.

Llegó por fin el coche: detúvose ante la escalinata, y la primera mirada de Juana bastó para acreditarla de que la realidad excedia con mucho á sus tristes presentimientos.

El ex-banquero, echado mas bien que sentado en el fondo de la victoria, y apoyado en los

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

almohadones de viaje, estaba desconocido hasta el punto de arrancar á su hija una exclamacion de espanto. Su fisonomía tenia la expresion del idiotismo.

El príncipe, resuelto como siempre á no envejecer, jamas sonreia.

—¡Hénos aquí, querida niña!—dijo bajando de la victoria con agilidad y besando á Juana en la frente juvenil.—Llegamos á puerto feliz sin accidente alguno, y vuestro excelente padre ha hecho el viaje perfectamente.

—Vamos, Julio, mi buen amigo; estamos en vuestra casa. Bajad.

El buen amigo no parecia comprender que estaba en su casa y que era necesario bajar.

Godefroy de Castel-Vivant le cogió por la espalda, hizo que se pusiera en pié, y le obligó á salir del coche y á subir no sin trabajo la escalinata.

—¡Padre mio, mi querido padre!—exclamó Juana cuyos ojos estaban arrasados de lágrimas.—¿No me reconoceis? ¡Abrazadme, os lo suplico! ¡Decid que me reconoceis!

Un relámpago de inteligencia iluminó las dilatadas pupilas de Julio Leroux. Algo parecido á una sonrisa animó sus labios y tartamudeó:

—Te reconozco perfectamente.... Eres mi buena hija.... eres mi Cenicienta.....

E inclinándose hácia Juana, que le tendia los brazos, depositó en su pálida mejilla un beso sin calor.

XXXV

Cinco minutos despues, el ex-banquero, que habia subido no sin trabajo las escaleras, gracias á la ayuda de Juana y de Godefroy, estaba reclinado en uno de los sillones de su alcoba, cubierto con una manta, aunque la temperatura no fuese nada fria, y sostenido por blandos almohadones.

Caia su cabeza sobre el pecho: su labio inferior muy caído; la expresion de su rostro acusaba una gran imbecilidad.

—¡Ajá! - murmuró el príncipe mirando á su amigo con verdadera satisfaccion.—Esto es lo que se llama estar bien instalado. Todo irá desde ahora perfectamente.

Juana, mucho menos tranquila que parecia estar el señor de Castel-Vivant, sentia necesidad de llorar y oprimido el corazon. Cogió de un brazo á Godefroy y lo llevó á una ventana.

—¿En qué puedo complaceros, querida niña? —preguntó el príncipe con su habitual galantería.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

—Habladme con franqueza.

—No deseo otra cosa. ¿De qué se trata?

—¿Qué tiene mi padre?

—Algo de fatiga. Se ha entregado con demasiada asiduidad á los negocios que lo detenian en Paris. Sufre las consecuencias de este exceso, pero os repito que no hay motivo de alarma.

—¿De veras?

—¡Palabra de honor, querida niña!

—Pero hubo un tiempo en que mi padre consagraba su vida á los grandes negocios, mas importantes con seguridad que los que hoy le preocupan, y sin embargo, jamas le he visto así. ¿En qué consiste esta diferencia?

—En una cosa muy sencilla—contestó el príncipe sin vacilar.

—¿Cual?

—En que ha perdido la costumbre de trabajar, y en que á su edad deben tomarse mas precauciones. Vuestro excelente padre es mucho menos jóven que yo.

—¿Y hemos de dejarle en ese estado? ¿No intentaremos algo para aliviarle? ¿Debo llamar un médico?

—No es necesario—contestó Godefroy,—tenemos nuestra prescripcion, y vais á ver que sencilla es. ¿Teneis Jerez ó Madera aquí?

—Sí, el dia de la boda de Lazarine se com